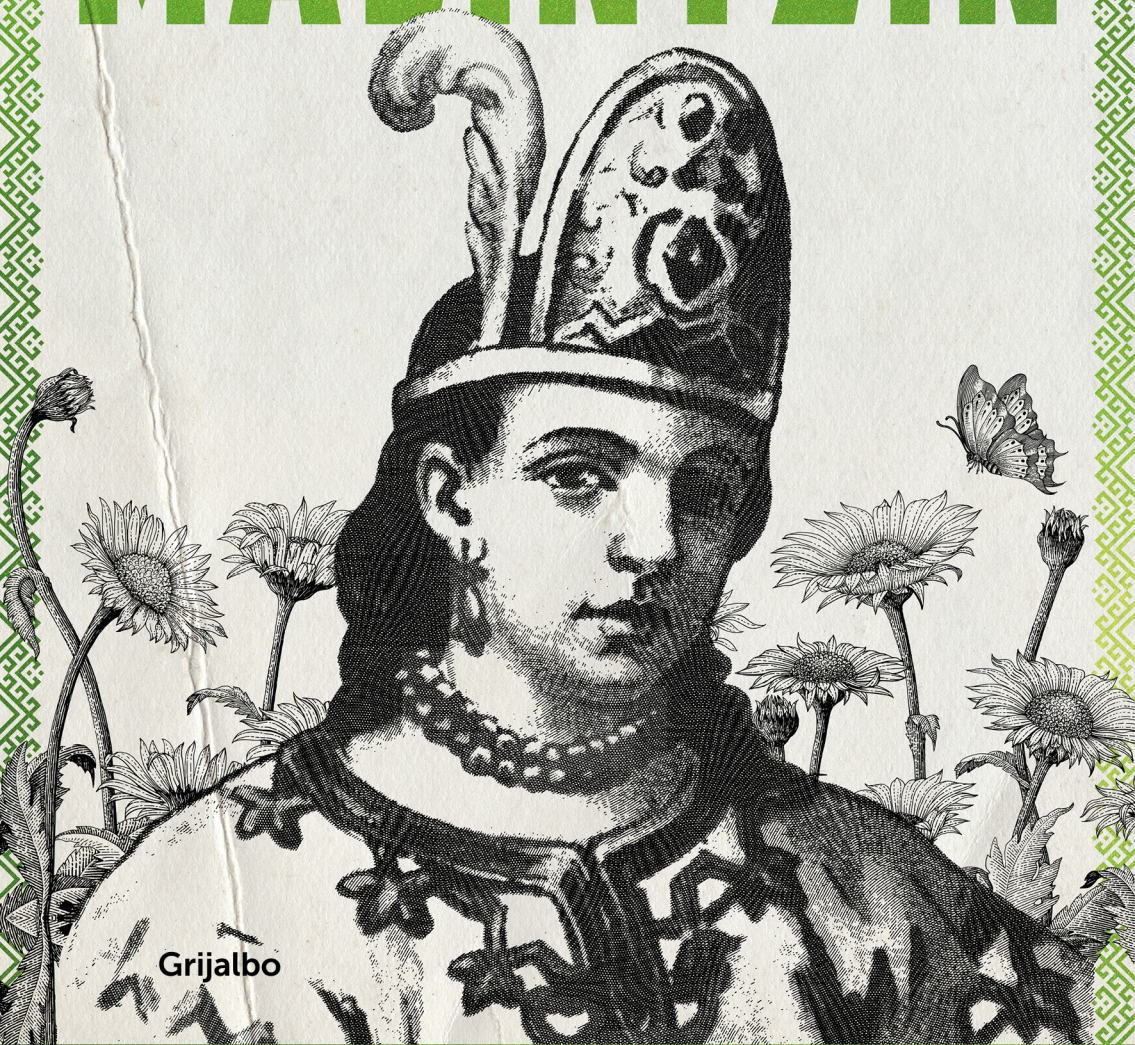


PEDRO J.  
FERNÁNDEZ

Por el autor de los bestsellers *Yo, Díaz e Iturbide*

◆ Soy ◆

MALINTZIN



Grijalbo

# SOY MALINTZIN

PEDRO J. FERNÁNDEZ

**Grijalbo**

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.



**Soy Malintzin**

Primera edición: julio, 2021

D. R. © 2021, Pedro J. Fernández

D. R. © 2021, derechos de edición mundiales en lengua castellana:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.  
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,  
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,  
Ciudad de México

[penguinlibros.com](http://penguinlibros.com)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente

esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-380-329-8

Impreso en México – *Printed in Mexico*

*Para Fernanda Álvarez  
y Andoni Vales*

Una historia que fue sometida a toda clase de tergiversaciones, no sólo por parte de quienes entonces vivían, sino también en tiempos posteriores; porque es lo cierto que toda transición de prominente importancia está envuelta en la duda y la oscuridad. Mientras unos tienen por hechos ciertos los rumores más precarios, otros convierten los hechos en falsedades. Y unos y otros son exagerados por la posteridad.

TÁCITO

A veces casi sueño que yo también he pasado una vida  
a la manera de los sabios,  
y pisé una vez caminos familiares.  
Tal vez perecí en una autosuficiencia arrogante  
hace siglos; y en ese acto se elevó una oración  
por una oportunidad más, así que por  
instinto con mejor luz, dejada entrar por la muerte,  
esa vida se borró, mas no tan completamente,  
pues aún quedaron suficientes restos de ella,  
tenues recuerdos, como ahora.  
Una vez más el objetivo está a la vista.

ROBERT BROWNING



¡Escucha, hijo mío!

Sé a qué has venido a mi lecho.

Calla por un momento, porque yo soy la mujer de muchas lenguas. Hoy llegarán a ti palabras de lo que no puede ser creído, de lo que no debe ser olvidado, de lo que no debe morir mientras el tiempo sea tiempo... y lo llevarás por siempre en tu corazón.

Escucha mis sueños de piedra, de fuego y de humo, de vida y muerte... escucha esta historia, espejo, para que reflejes en ella lo que llevas en tu espíritu.

Escucha tú también, Coatlicue, pues tu falda de serpientes, tu cinturón de cráneos y tu mirada de reptil serán invocadas entre nosotros. ¡Más viva que nunca!

Deja que las palabras liberen las cadenas de tu espíritu, permite que sean viento, tierra, sueño; olvida todo lo que conoces y vuelve a soñar que el mundo se crea de nuevo entre aguas turbulentas y ríos de fuego. Yo, Malintzin, no soy lo que otros te han hecho creer. Mucho se ha hablado de mí, pero es momento de que te cuente sobre el camino de piedras, los

dioses muertos, las enfermedades horribles y las noches tristes  
que nos han traído hasta aquí.

¡Escucha, hijo mío!

¡Escucha!

Y mis palabras serán las tuyas...

Ik'  
VIENTO





## SUEÑOS DE PIEDRA MUERTA

Comenzamos a morir con el primer aliento de vida. El día que lo entendí, el cielo nocturno tronaba furioso; chocaban entre sí nubarrones sin forma, fríos truenos anunciaban la próxima tormenta que habría de inundar los rincones ocultos de la selva. El viento soplaba en círculos violentos desde lo más alto del cielo, agitando las nubes, las copas de los árboles, las hojas de las ramas más largas, el nido de un águila. El mundo en movimiento estaba lleno de vida, pero al mismo tiempo mostraba su poder de destrucción. Escuché círculos de viento cuando me asomé por la entrada de la casa; un escalofrío subió por mi espalda como si una serpiente de nieve se enredara en mis huesos y los apretara.

Sabía que los dioses estaban inquietos porque sentía su aliento enojado.

—Sería típico del viejo egoísta morir un día como hoy —escuché la voz de mi madre, la de una mujer que apenas llegaba a los treinta años; usaba el cabello largo, tenía los ojos pequeños como granos de cacao y, en la piel, el color gris de la arena húmeda. Las otras tres concubinas, un poco más jóve-

nes, se quedaron calladas en una de las esquinas del cuarto. Estaban asustadas, rezaban.

Yo volví al rincón para sentarme en cuclillas; jugaba a preparar las tortillas en un metate de piedra pequeño que me había regalado papá en las últimas fiestas de Tlaloc, dios de la lluvia, lo mismo que un comal más chico que mi cara. Ahí molía la nada y cocía el aire... pasaba tardes enteras imaginando que hacía la comida, platicando conmigo misma sobre lo que me había pasado durante el día.

—¿Bebió el agua hervida con hierbas, como le ordené? —preguntó el Tiempero.

—Desde hace tres noches, pero su pecho sigue muy hinchado. Es un viejo egoísta. Antes del amanecer, el señor que gobierna sobre el lugar de los muertos habrá venido por su espíritu.

—Si bebió el agua, recuperará la salud.

El idioma que usaban era el popoluca, mismo que todos hablábamos en Olutla, el pueblo donde nací. Aunque también sabíamos maya y náhuatl, pues pasaban muchas personas que hablaban esas lenguas para vender o comprar conchas de colores y otros tesoros del mar. Así fue como todos en la casa las aprendimos.

Me detuve, levanté la cabeza. El Tiempero era un hombre arrugado, con el cabello blanco como la espuma que dejan las olas al chocar con la playa. Solía vestir una pieza sencilla de algodón blanco, y papá lo iba a buscar cada vez que se sentía mal, porque él sabía qué hierbas tenían el poder de sanar dolencias de cuerpo y espíritu. Además, decían por ahí, adivinaba el futuro sólo con mirar las estrellas durante largo rato. Hasta sugería que no estaban fijas, sino que se movían muy lento en el cielo, y que eso también definía nuestro destino.

—Será mejor preparar los rituales funerarios. Si no se acercara la tormenta, si las nubes no taparan el cielo, estoy segura de que verías en el futuro titilante que tengo toda la razón. Eres un necio también, ¿para qué levantas tanto la cabeza? Un día de estos olvidarás que la vida está aquí abajo, que en la tierra es donde se vive, se sufre, y se muere. Deja el cielo a los dioses.

El Tiempero sacudió la cabeza mientras soltaba un suspiro.

—Rezaré toda la noche para que encuentres el sosiego que te hace falta. Volveré en la mañana para revisar al enfermo. Verán que tengo razón... si no quieres verme, que me reciba alguna de estas mujeres.

Mientras el pobre hombre hacía a un lado la cortina gris que teníamos a la entrada de la casa, escuché el trueno, como tambor de guerra, seguido de la lluvia potente que caía sin tregua sobre el pueblo.

Ya solos, mamá soltó para sí:

—¡Viejo tonto!

Luego aventó su collar de conchas hacia la esquina en donde temblaban las otras concubinas; una de ellas lo recogió, pues todo lo que venía del mar tenía un gran valor para nosotras.

Yo, asustada, bajé la cabeza. Volví a preparar tortillas imaginarias en el comal de juguete. Tlaloc, dios y señor de la lluvia, debía estar molesto por algo. No era usual que los cielos se abrieran de esa manera, con tanta furia. Cada rayo era sólo el preludeo de un rugido terrible.

Cerré los ojos muy fuerte. Al menos el miedo servía para matar el hambre. Con la visita del Tiempero, ni siquiera habíamos cenado. Ay, ojalá hubiera sobrado alguna tortilla del me-

diodía o un guiso de pescado. A mamá, eso no le importaba. Caminaba de un rincón a otro del cuarto, como si aquella fuera su prisión, como si tuviera la necesidad de salir corriendo pero tuviera que quedarse ahí. El único lugar al que no se acercó fue precisamente a donde yo jugaba, pues a mi lado estaba papá. Se encontraba recostado bocarriba en su petate. Una manta vieja cubría todo su cuerpo, y sus manos reposaban sobre el pecho inflado. Estaba pálido, sudaba. Desde hacía horas había cerrado los ojos como si durmiera, pero no era así. Más bien tenía tanta fiebre que no podía mantenerse despierto. Sus labios se movían como si dijera algo, pero ningún sonido salía de su boca, ni siquiera una palabra. Respiraba muy rápido. Temblaba.

Yo sólo tenía ocho años. Creía que si rezaba con suficiente fuerza, los dioses escucharían mis plegarias, mis pensamientos ocultos... Toqué a papá. Su brazo se sentía frío. Estaba segura de que podría hablar con él por la mañana, que tal vez el Tiempo no se había equivocado, porque él conocía el mundo a través de las estrellas.

—¡Anda! ¡A dormir, Malinalli! —me ordenó mamá con un grito.

Yo quería quedarme con él, pero no era costumbre que las mujeres durmieran en el cuarto del señor de la casa. Nosotras teníamos el nuestro, más pequeño, al otro lado del patio. Ahí cuidábamos que el fuego del hogar no se apagara, se preparaba la comida y se trabajaba el algodón para la ropa de todos en la casa. Levanté mis juguetes, los apreté contra mi pecho y salí del cuarto.

Mis pies descalzos sintieron la tierra húmeda, las gotas frías cayeron sobre mi frente. Aullaba el viento cual ocelote negro.

Entré a nuestra habitación y las otras hijas de papá estaban ahí. Las otras concubinas entraron detrás de mí, y comenzaron a preparar el espacio para que durmiéramos. Al menos una de ellas se apiadó de mí y me calentó un par de tortillas en el co-mal para matar el hambre antes de dormir.

No pasó mucho tiempo cuando mamá entró y me vio sentada en el piso.

—¡Te dije que te durmieras! ¿Por qué no me obedeces?

No quise decir nada, así que me recosté en mi petate. Me cubrí con una manta mientras mamá se sentaba frente al fuego del hogar para cuidarlo y para calentarse.

Cerré los ojos.

Poco después comenzó la furia de la tormenta. Primero escuché algunas gotas gruesas chocar sobre las hojas de los árboles. Luego, al aire violento que enfriaba todo el pueblo. Se abrieron los cielos, gritaron los dioses. Apreté mis piernas contra mi pecho y temblé con los ojos cerrados, hasta que...

*Unos ojos de piedra me miraban desde lo alto; en mi mundo de sueños no había color. Poca luz, muchas sombras, y un silencio largo como la existencia del mundo. Yo conocía a la señora. Su rostro eran dos serpientes que se juntaban, cráneos blancos rodeaban su cintura y su falda estaba hecha de culebras vivas. Tenía los pechos secos, y sus manos y pies no eran sino terribles garras. Ella, Coatlicue, era madre de la noche, de los secretos, de todo aquello que se encuentra oculto por designio de los dioses. Ella había entrado a mis sueños y había levantado su mano derecha para señalarme, pero no a mí, sino a lo que se hallaba detrás de mí: una ciudad muy grande, llena de fuego y humo, que se consumía. Relámpagos de sangre atravesaban el cielo y...*

Me senté. Abrí los ojos. Una luz blanca y el ácido olor de la tierra húmeda lo llenaban todo. Las gotas que caían de los árboles eran la única prueba de que había estado lloviendo toda la noche. Me llevé la mano al pecho, mi corazón latía muy rápido. Tenía un miedo terrible, la imagen del fuego y el humo no me dejaba. Intenté acomodarme y me quité la manta que se había enredado entre mis piernas. Sin importarme el frío, o que los demás aún durmieran, salí al patio. El cielo era blanco, apenas había luz. Intenté evitar los charcos que se formaban en el lodo, pero los dedos de mis pies se mojaron. Llegué al cuarto de papá, dos esclavos suyos estaban esperando a que despertara para llevarle algo de comer.

No sé por qué, pero empezó a dolerme el estómago. Entré al cuarto con mucho cuidado y me acerqué a él. Sin querer, toqué su mano... fría...

¡Era una mano muerta!

Volví a tocarla para darme cuenta de que lo había perdido para siempre. El señor que mora sobre el lugar de los muertos había venido a recoger su espíritu por la noche.

Una punzada me atravesó el pecho, me subió por la garganta y me arrebató las palabras. Nunca había sentido tanta tristeza.

Apreté los labios mientras lágrimas salían de mí sin que yo pudiera evitarlo. Me aferré a su cuerpo sin espíritu, lo abracé por última vez, lo llamé por su nombre, le pedí que me respondiera. ¡Tenía tantas ganas de contarle mi sueño y que él me consolara!

Pero él no respondió, la vida se le había ido. No tendría la oportunidad de escuchar su voz nunca más... ¡Nunca!

—Viejo necio —exclamó mamá, quien había estado viendo aquella escena sin haber querido compartir ni siquiera un

poco de consuelo para mí; en lugar de eso, escupió cerca de la puerta y salió de la casa.

Yo me quedé ahí, abrazada al cuerpo muerto de papá, llorando con la misma fuerza con la que lo había hecho Tlaloc durante toda la noche.

Ese día conocí la muerte. Y supe que yo también moriría. Así los dioses un día dejarán de soplar vientos fríos sobre la Tierra, porque su aliento se habrá detenido... y llegará el día en el que los hombres olvidarán sus nombres.

Cuando la noticia se dio a conocer, hombres y mujeres de Olutla pidieron ver al muerto. Mamá los dejó entrar en grupos pequeños.

De acuerdo con las creencias de nuestro pueblo, durante los próximos días nos preparamos para su entierro. Mamá hizo traer a un sacerdote de un templo que quedaba cerca de Citlaltepetl, el volcán de la cumbre nevada. Él procedió a hacer los ritos necesarios: desde los rituales ocultos hasta los rezos enredados.

Después de lavar el cuerpo de mi padre, le llenaron la boca con maíz molido y una piedra de jade.

Aunque no estaba permitido que una chamaca viera estos rituales, ni mamá ni las otras concubinas estaban para cuidarme, por lo que pude escabullirme al cuarto donde tenían el cuerpo de papá. Ahí, me asomé con mucho cuidado y lo vi todo. Cómo le rezaban y le lloraban; cómo le envolvían cada parte con las mantas de algodón. Sobre aquel bulto, que tenía forma de hombre, colocaron una máscara de barro, en la cual habían pintado unos ojos y una boca.

Dolía sentir que me faltaba un trozo de vida.

Antes de que cayera el sol, su xoloitzcuintle fue sacrificado, y también envuelto en una manta. Los dos habrían de arder, de irse al lugar de los muertos, donde no hay puertas ni ventanas, donde sólo un perro puede ayudarte a pasar las horribles pruebas dispuestas por el Señor de la Muerte.

¡Cómo me pesaron esas horas de luto! No sólo porque mamá, las otras concubinas y sus hijos e hijas lloraban a todas horas y arrastraban los pies en el patio. Tampoco porque no pudimos ver el sol, velado por las nubes de tormenta que amenazaban con quedarse para siempre; ni siquiera por el Tiempo que se paseaba por Olutla, apoyado en un viejo palo de madera, para gritar (a todo aquel que deseara escucharlo) que pronto veríamos los presagios de la destrucción de nuestro mundo. Más bien, sentí la extrañeza de aquellos días en la ausencia de papá, en no verlo en su cuarto, en no escuchar su voz dar órdenes a sus esclavos, negociar algún trueque con los mexicas o contarme la historia de cómo los dioses nos formaron como al maíz.

En la muerte, cuanto más pesa el silencio, más duele la ausencia.

Mientras moría el día, su cuerpo permaneció sobre una piedra larga. Ahí llegaron sus amigos, algunos de Olutla, otros de pueblos cercanos. Lloraban y tocaban la máscara de barro como si se tratara del rostro de papá. Le reclamaban a Mictlantecuhtli por habérselo llevado. Cierro los ojos y recuerdo una de sus voces, seca, desgarrada, triste, que entonaba un viejo cantar en náhuatl:

*Por eso lloro, me aflijo,  
quedo abandonado entre la gente de la Tierra.*



*¿Qué quiere tu corazón, Dador de la vida?  
Que salga de tu pecho la miseria.  
Que supure cerca de ti tu dios.*

Cuando terminaron los hombres, las concubinas de papá hicieron lo mismo. Una a una se acercaron al bulto aquel para llorarle. Mamá fue la primera porque era la favorita, y yo la escuché murmurar entre dientes:

—¡Viejo necio! —antes de sollozar y dejar que las otras concubinas se aproximaran. Una de ellas, la más joven, incluso bailó alrededor del cuerpo mientras se despedía de él.

Ni sus hijos e hijas, ni yo misma, pudimos acercarnos. Nos dolía demasiado el corazón, pero no nos estaba permitido volver a la casa. El atardecer pronto llegaría a su fin, comenzaría a oscurecer. Si las nubes no hubieran cubierto el cielo, quizá habríamos podido ver un atardecer brillante, como los que tanto le gustaban a papá.

El sacerdote se aproximó con una antorcha en la mano. La roja luz del fuego nos empapó a todos. Sombras largas aparecieron debajo de nosotros, de los troncos de los árboles y también de sus hojas.

Yo no quería ver, mas no cerré los ojos. Apreté las manos, aguanté los sollozos, tragué saliva. Para distraerme, intenté pensar en aquel sueño en el cual se me había aparecido Coatlicue hecha de piedra. No pude hacerlo. Tras un largo silencio, fuimos espectadores mudos de cómo la antorcha se acercaba al cuerpo de papá, y al de su perro, y se prendían juntos. Lo último en desaparecer fue la máscara de barro. Un momento luminoso para una vida que se convertía ya en recuerdo.

Polvo fue lo que quedó. Cenizas y pedazos de huesos, recuerdo de una vida que me hubiera gustado conocer, porque nadie me la había contado. ¿De qué sirve llevarse secretos y verdades a la tumba si los muertos no pueden hablar después? Lo que quedó de papá fue envuelto en otro petate, el cual enterramos en el patio de la casa.

Recuerdo que el viento sopló durante días, y yo me quedaba en el patio, con los brazos extendidos y los ojos cerrados. Me gustaba imaginar que el aire no era el aliento de los dioses, sino el espíritu de todos aquellos que han muerto, que nos acompañan, nos murmuran y nos guían.

Los muertos no se olvidan, nos hablan a su manera, nos dicen cómo actuar y hacia dónde debemos caminar. Y cuando más desesperados nos sentimos, nos dan un poco de esperanza para seguir.

De niña no lo sabía. Me preocupaba más por el viento, por los juegos y por las tortillas calientes, hasta por cómo mi cuerpo cambiaba para convertirme en mujer, y pensaba en el hombre desconocido con el que compartiría mi lecho algún día.

El mundo cambiaba a mi alrededor y yo no me daba cuenta.

Muerto el cacique del pueblo, otro ocuparía su lugar, siempre y cuando los mexicas estuvieran de acuerdo con ese otro hombre que tomara el poder.

Debí saber qué sucedería, pues yo ya entendía cómo funcionaban las cosas.

En cuanto la noticia de la muerte de papá se extendió por toda la región, empezaron a llegar hombres extraños a Olutla. Muchos de ellos eran guerreros o comerciantes mexicas. Se paseaban por el pueblo, miraban las casas de adobe y, en especial, a las mujeres. Comencé a sentir el peligro cuando se me-

tieron a nuestra casa y pidieron hablar con los hombres más viejos del lugar. Fue una reunión corta, los mexicas sabían lo que querían, y nuestra gente estaba dispuesta a entregarlo con tal de no entrar en guerra con ellos.

Luego fueron todas las concubinas de papá a la reunión, mientras yo me quedé muy quietecita junto al fuego del hogar. Hacía como que jugaba con el comal de juguete, aunque el momento no era para divertirse. Estaba sola, pues las otras hijas de mi padre limpiaban el patio, y los hijos habían salido del pueblo para cazar un venado para la cena.

Algo no estaba bien, yo lo sabía. El aire era de un color diferente, y yo tenía esa vaga idea de que mi vida pronto cambiaría. Mi espíritu se encontraba inquieto.

Me senté, apreté las rodillas contra mi pecho y escuché el crujir del fuego.

En una de éstas, hasta le pedí a Coatlicue que detuviera la mano de todo aquel que osara dañarme, y que me ayudara a encontrar la tranquilidad, así como ella calma las estrellas que acompañan a la Luna.

Pero no pude, mi corazón palpitaba con miedo.

Con la última luz del día, vi a mamá entrar al cuarto.

Dos comerciantes mexicas, viejos, arrugados, con la piel que les colgaba en la barbilla y el cabello de un gris espantoso, entraron detrás de ella. Al mirarme, mojaron sus labios con la lengua y un brillo de deseo iluminó sus ojos.

Mamá se sentó frente a mí y apartó un mechón de cabello que caía por mi frente.

—Malinalli, estos hombres son enviados del señor Moteuhzoma, *huey tlatoni* de Tenochtitlan. Han pedido comida, mantas y mujeres, y han mostrado mucho interés en ti. No

quieres que Otlutla padezca una guerra, ¿verdad? A partir de hoy, serás su esclava... tu libertad será el precio a pagar para que todos conservemos la vida.

Se me fue el aire.

Sentí como si el corazón se me hiciera un nudo.